

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

El Colegial

M.R.

AÑO I
26 DE SEPTIEMBRE DE 1940
N.º 24





EL CHUNCHO (*Glaucidium nanum*)

CLASE AVES

Esta ave rapaz, es la más pequeña de las aves rapaces chilenas; es nocturna, caza sus presas de noche porque en el día no es capaz de hacerlo, durante la noche atrapa aves y pequeños mamíferos. Como vuela en la noche es difícil conocerlo cuando grita. De aquí que se le teme como ave agorera, como por ejemplo creer que su canto cerca de una casa sea el aviso de una muerte próxima para uno de sus habitantes, y debido a esto es causa para que se le persiga. El Chuncho es un ave feroz para atacar, a otras aun mayores que él. Cuando consigue hacer alguna presa, principia a devorarla por la cabeza, según parece, los sesos son su alimento predilecto.

Su nido lo construye en los huecos de los árboles y cría hasta cinco polluelos, los que alimenta únicamente con carne de los animales que consigue atrapar.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

(APARECE LOS
VIERNES)

Casilla 6562
Correo 4
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS

SET 26 1941

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

DEPÓSITO LEGAL \$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . \$ 50.—
Semestral ., 25.—

El COLEGIAL

AÑO I

Director Propietario — E. CARO
Of. 10 de Julio 1140.

N.º 24

MI CHARLA DE HOY

Mis queridos amiguitos; Tengo que darles hoy una buena noticia. Desde el número próximo empezará nuestra revista a publicar una página dedicada a la música. La música es, sin discusión, el arte más cultivado y el que se expresa en un lenguaje que abarca el universo. No se necesita saber alemán para comprender o sentir a Bach y a Straus, ni húngaro para comprender a Liszt, ni polaco para escuchar a Chopin, ni italiano para deleitarse con las melodías de Verdi o Donizetti, ni francés para gozar espiritualmente con las composiciones musicales de Gonoud. Se canta en los templos, en las escuelas, en los conciertos populares, en las salas de audiciones radiales, en las calles y hasta en autobús.

Es preciso, pues, que tengamos un mayor conocimiento respecto del valor musical y para eso nuestra revista dedicará una página desde la semana próxima. Nuestro siglo, puede decirse, es el siglo de la música; hoy por hoy la música es el arte más querido y más popular. Todos se preocupan de la música, grandes y chicos, sabios e ignorantes.

Así, pues, desde la próxima semana nuestra revista dará a todos sus lectores algunas enseñanzas preparatorias y elementales que les servirá más tarde para comprender más a fondo y sentir más hondamente las bellezas que puede encerrar un trozo musical. ¡Hasta el Viernes!

EL COLEGIAL



La Isla de los Cruzados



RECUERDEN: Emilio Zboyan trata de eliminar al piloto Barnes que ha sido contratado por el emperador de Jogam para adiestrar a su cuerpo de aviadores. Sandy pilota un avión que le facilita Mr. James Elliot el que cae al mar incendiándose, salvando el joven lleso. Luego Mr. Elliot pide a Sandy le venda el otro sello que tiene en su poder. Bill parte por orden secreta...

CAPITULO V

Bill Barnes, que detentaba todos los récords de aviación que trató de conseguir, se hallaba en ese momento ante un grupo de hábiles y capaces pilotos en la habitación de su hotel en Port-Said. En su rostro se advertía una grave expresión cuando miraba con orgullo a sus subordinados y compañeros.

Sharty Hassfurth, su temerario jefe de personal, que había tripulado aviones de combate desde la época de la Gran Guerra, estaba sentado a su lado.

Más allá se encontraba Red Gleason, que volaba con la misma falta de precauciones que su amigo Shor-

ty. Había volado en China, en la América del Sur y en Rusia. Cy Hawkins, el flaco tejano, de piel semejante al cuero se había sentado en una silla.

Berkeley Bates, el bostoniano sereno, dotado de extraordinaria habilidad y del valor propio de un oso herido, se había acomodado en un sillón.

En cuanto al joven Sandy Sanders, el piloto de diez y siete años, que solía tripular el Aguilucho estaba absorto en la lectura de un libro que trataba de Egipto y de la Tierra Santa.

—Tú, deja ese libro, le ordenó Bill y ten las orejas abiertas.

Todos contemplaban a Bill con expectante interés. Tal vez sabrían, por fin, el motivo de su viaje. Y a dónde iban y por qué.

—Probablemente todos recordaréis, empezó diciendo Bill, es decir todos, menos Berkeley Bates que no estaba entonces con nosotros, que mientras comíamos en Djibouti, cuando nos dirigíamos a Madagascar, un hombre me entregó una nota. Desde entonces no ha transcurrido mucho tiempo. Esa nota, añadió lentamente, era de Rarah II, emperador de Jogam. Me pedía

que fuera a visitarlo a su palacio, en Ahmara, capital de su reino. Añadía que de ello resultarían ventajas mutuas. Ya recordaréis también que después de nuestra expedición en Madagascar, nos vimos obligados a volver apresuradamente a casa. Pero siempre hemos estado en contacto uno con otro. Y, como resultado de esto, por cable y por correo, se han desarrollado extrañas cosas.

“Jogam es un país que posee inmensas riquezas, nadie sabe con aproximación siquiera a cuanto ascienden. Pero el oro de Jogam es famoso desde los tiempos bíblicos. Además el emperador me ha informado de que posee grandes yacimientos de platino en torno de las fuentes del Nilo Azul. Los indígenas laboran esos yacimientos. A pesar de su procedimiento imperfecto aun extraen más de trescientos cincuenta kilogramos al año.

Se hicieron concesiones a algunas compañías extranjeras, pero la falta de medios de transportes anulaban todos estos esfuerzos.

Además de las minas de oro y platino, hay también en Jogam mica de excelente calidad, grandes yacimientos de potasa, azufre, carbón, cobre, fosfato, hierro, plomo, mercurio y estaño en grandes cantidades. El emperador ha llamado a numerosos ingenieros y la faena de las riquezas de Jogam se ha esparcido por el mundo.

Cuando el emperador empezaba a conseguir algunos resultados de sus esfuerzos, Sicania vuelve a dar señales de que se dispone a atacar a Jogam. Sus colonias rodean a Jogam por dos lados.

Hace ya más de un año que Sicania se prepara, a fin de conquis-

tar el país. Y se ampara en la excusa de que los indígenas de Jogam han llevado a cabo varios raids en la frontera, dando muerte a algunos de los indígenas de sus colonias.

Sicania va a tener una sorpresa. Rarah II ha logrado reunir a su pueblo en una bandera común y todos están decididos a rechazar al invasor. Rarah capitanea cosa de ochenta mil hombres. Pero no se sabe cuántos podrán llevarle sus jefes o señores feudales.

En cambio, tienen pocos aviones. Hay media docena de pilotos que obtuvieron el título en Europa y ellos componen todas las fuerzas aéreas de su país. Rarah II desea que nosotros adiestremos una fuerza adecuada de combatientes y de bombardeadores.

Si son ciertas las cosas que me dijeron, el proyecto de que Sicania conquiste a Jogam es una pequeñísima parte del proyecto en conjunto.

Para evitar muchas dificultades y grandes males hemos formado nuestra organización. Pero si a vosotros, no os gusta la idea, decílo claramente. Y, por mi parte, abandonaré el asunto si tal es vuestra opinión.

—¿No perderemos nuestra ciudadanía si nos aliamos con Jogam?

—No, contestó Bill. Nosotros nos limitaremos a enseñar a otros. Mis simpatías personales van hacia Jogam.

—Quieres tú ir a Jogam? le preguntó con ojos risueños.

—Sí, contestó Bill, lo confieso.

—Pues si es así ¿para qué discutirlo? exclamó Red Gleason poniéndose en pie. Siempre nos ha ido muy bien siguiendo tus acertadas disposiciones. Y por mi parte, co-



Shorty estaba sentado en el puesto de mando del enorme transporte de ala baja B-Y-4 a su alrededor había...

mo tengo sueño, me voy a dormir.

—Lo mismo digo, exclamó Sandy. ¿A qué hora de la mañana emprenderemos el vuelo a Jogam, Bill?

—Pero... balbuceó Bill, sonrojado.

—Digamos a las cinco, exclamó Cy Hawkins, poniéndose de pie y bostezando. Saliendo a las cinco, tendremos la posibilidad de gozar luego de una larga noche de descanso.

Red Gleason abrió la puerta y salió, seguido de Sandy, Cy y Berbeley Bates. Y cuando se cerró la puerta a su espalda, Shorty observó muy divertido la expresión de asombro que se pintaba en el rostro de Bill.

Shorty Hassfurth arrojó por tres veces al aire una moneda inglesa de un chelín y la cogió en su mano al caer. Y la tercera vez que cayó en la palma de su mano, la

examinó atentamente, cual si no la hubiese visto nunca.

De pronto levantó la cabeza y miró a Bill Barnes, que paseaba por la estancia. Sus ojos azules no tenían risueña expresión, y en su rostro se pintaba la preocupación. Shorty sabía que cuando su jefe estaba preocupado, se ponía en pie y empezaba a pasear.

Shorty estudió la moneda que tenía en la mano y, luego, dijo:

—Ten cuidado, porque, de lo contrario vas a empezar a morderte las uñas.

Bill dió una especie de gruñido y se detuvo para mirar por la ventana. Extendió un dedo índice, y dijo a Shorty:

—Si no me equivoco, averiguaremos antes de terminar este trabajo que el mundo es muy diferente de lo que te figuras. Es decir, menos divertido y más trágico.

(CONTINUARA)

Vergel INFANTIL



Mi mano dolorida palpó el surco
que surgía impreciso, vago, obscuro...
Y en un éxtasis — declinar de ansias más
[viejas—
al borde del anhelo, en todo su clamor,
con nombre de capullo y de estrella
se abrió mi corazón...

De mi lámpara, su llama ardía apenas
cirio humilde de luz casi imperfecta,
Luciérnaga de rimas con luna entre sus alas
su aparición la hizo de intensa claridad...
Pequeñita es la luz que amolda mis plegarias
mas en mis penumbras se prendió cordial...

Ya mi mano tosca — hoy — no se rebela
y un polvillo celeste descubro en las cenizas
[de la tierra
y con hojarasca de cielo yo escondo el cora-
[zon...

De mi barro humilde — en secreto — unas
[rosas
las arideces cambian en auroras gloriosas
y soy sólo una niebla detrás de la canción...

Ilustró (Cheche)

NIEBLA

HERMANITA

Eres tan hermosa, tan bella,
que muchas veces te confundo
con el botón de una rosa
y la luz de una estrella.

Son tus ojos tan bellos
que por ellos,
cada vez que te miro
más te quiero.

Son tus labios tan rojos
que al besarme con cariño,
deshaces mi vida en abrojos
y borras mi dolor de niño.

Son tus manos tan livianas,
tan blancas y tan suaves,
que al posarse sobre mí como aves
se demasiado lo que me amas.

Hermanita, para ti son estos versos,
para que durante mi vida,
en la tristeza y en la alegría
me acaricies, y me regales tus besos.

BRIOSÉN

DESDE MI VENTANA

Oh mi amigo "EL COLEGIAL"
Míi y mil veces bien venido seas
mi risueño y adusto compañero:
No eres acaso el mejor amigo
y de todos los niños el ideal?

Yo desde mi ventana
que azotan los atrados elementos
regocijado y pensativo escucho
el dulce concierto
simpático a mi alma.

Tú nos traes lecturas
tú nos das placer
traes travesuras
y de todos te haces querer.

HECTOR PENA R.



Lindor el

RECUERDE: Lindor, el menestral, ayudado por el buen mago Persides logra adueñarse de la espada mágica y del guantelete de hierro encantado, dos talismanes con los cuales vencerá al señor de Faunas, asesino y despojadore de su padre. De Faunas, ayudado por la bruja Malagesta, ofrece a Lindor restituirle todos sus bienes y su título a cambio de los dos talismanes. Lindor vuela con la espada y el guantelete al castillo donde será asesinado por el puñal de un traidor.

CAPITULO XXIV



1. El traidor escudero del señor de Faunas, acompañado de algunos soldados, se adelantó a recibir a Lindor y le dijo haciéndole un reverencia: —Mi señor os espera en el salón de recepciones y os ruega que paséis sin tardanza porque ansía veros pronto, señor.

2. Lindor fué conducido a la gran sala donde de Faunas esperaba sentado en medio de todos sus servidores. A su lado estaba un perro negro que no era sino la bruja Malagesta. El señor de Faunas renovó su juramento delante de todos sus servidores que aclamaron a Lindor.



3. Entonces Lindor se adelantó hacia el señor de Faunas para hacerle entrega de ambos talismanes. En ese mismo instante el escudero traidor alzó el puñal, pero, apenas de Faunas tocó la espada y el guantelete, un rayo atravesó la sala y mató al escudero, a de Faunas y al perro.

4. Los criados retrocedieron aterrorizados. Pero luego fijaron su vista en el pobre menestral y lo vieron ahora convertido en un gallardo caballero vestido con una rica armadura y reconocieron en él a su legítimo señor. —¡Viva el señor de Sagremor! gritaron todos.

Menestral



5. En medio del general regocijo, Lindor tomó posesión del castillo que en otro tiempo había pertenecido a su padre y ordenó que se celebraran festines y toda clase de entretenimientos para hacer olvidar a todos los servidores los años terribles que habían pasado bajo la dominación del cruel y tirano señor de Faunas. Lindor no olvidó a la bella Eliana.



6. Disfrazado de menestral, como antes dejó su brillante comitiva en las afueras del castillo de Logroño, y se encaminó solo a la ventana de la hermosa joven. Al oírlo cantar, Eliana se asomó exclamando: —¡Lindor, mi amado menestral! ¿Habéis venido esta vez para no separaros de mi lado? preguntó ansiosamente Eliana. —Sí, respondió Lindor emocionado.



7. Se disponía ya la joven ir a avisar a su querido padre, cuando vio que ocurría un suceso milagroso. La casaca de menestral cayó de los hombros de Lindor y éste apareció con su resplandeciente armadura de caballero. —¡Eliana de Logroño, dijo el joven airadillándose, soy el barón de Sagremor y os pido humildemente vuestra mano! ¿Me aceptáis por esposo?



8. Deslumbrada ante lo que veía y oía, Eliana estuvo a punto de desmayarse de felicidad. Pronto acudieron los acompañantes de Lindor, éste se puso a la cabeza y entraron todos en el castillo. Y aquel mismo día, el padre de Eliana concedió al joven barón la mano de su hija. Eliana y Lindor se casaron y fueron muy felices durante largos años.

FIN



CAPITULO IV

La tentativa de Hans y la Piedra Negra

—Dispensad, señor mío; ¿érais mi jarro?

Oído lo cual, volvióse el hombrecillo, con viveza, avanzó derecho hacia Gluck, e irguiéndose orgulloso, le dijo:

—Soy el Rey de lo que los mortales llamáis el Río de Oro. La forma en que me has conocido debíala a la malicia de otro rey más fuerte que yo, de cuyo encantamiento me acabas de librar. Todo lo que he visto en ti y la conducta que observas respecto a tus perversos hermanos, me inclinan a servirte; atiende, pues, a lo que voy a decirte. El que suba a aquella montaña, de la que ves caer el Río de Oro, y vierta en su corriente, en su origen, tres gotas de agua bendita, convertirá en oro el río. Pero nadie que fracase en su primer intento, podrá salir airoso en el segundo; y si alguien vierte en el río agua que no sea bendita, será absorbido por él y transformado en piedra negra.

Y dicho esto, dió media vuelta el enano y penetró en el horno, colo-

cándose en el lugar en que eran más vivas las llamas. Su figura tornóse roja, blanca, transparente, deslumbradora; elevóse temblorosa y desapareció. El rey del Río de Oro habíase evaporado.

—¡Oh! exclamó Gluck, corriendo presuroso a examinar el cañón de la chimenea por donde aquel se había ausentado. ¡Oh, Dios me asista! ¡Mi jarro!... ¡Jarro mío! ¡Jarro mío!

Apenas acababa el rey del Río de Oro de efectuar su extraordinaria evasión, cuando entraron rugiendo en la casa Hans y Schwartz. enteramente beodos.

La noticia de la pérdida total de su último objeto de oro los exasperó en hasta el extremo de echarse cruelmente en Gluck. apaleándole por espacio de un cuarto de hora, al cabo del cual dejáronse caer cada uno en una silla y le preguntaron qué encargo le había dejado el fugitivo. Gluck, entonces refiriósele todo; pero ellos, por supuesto, no cre-

yeron ni una palabra, y la emprendieron a golpes nuevamente con él, hasta que se cansaron y se fueron a dormir. Sin embargo, a la mañana siguiente, los dos hermanos, después de discutir largo tiempo acerca de quién de los dos debería probar fortuna primero, sacaron las espadas y comenzaron a luchar. El ruido del combate alarmó a los vecinos, que enviaron a buscar al alguacil.

Hans logró escabullirse, pero Schwartz fué detenido y llevado a presencia del juez, quien le impuso una multa en castigo de haber alterado el orden; pero, como en la noche precedente había gastado hasta el último centavo, fué declarado insolvente y condenado a sufrir la correspondiente prisión subsidiaria.

Cuando lo supo Hans, sintió gran alegría y decidió ponerse sin demora en camino hacia el Río de Oro. Pero, ¿de dónde sacar el agua bendita? Pidióla a un sacerdote, mas éste no creyó conveniente dársela a un hombre tan malo. Hans, entonces, robó un vaso de ella en la pila de la iglesia y regresó triunfante a su casa.

Levantóse temprano al otro día y antes que saliese el sol; puso el agua bendita en un frasco, colocó dentro de un cesto carne y dos botellas de vino, echóselo a la espalda, y, tomando su báculo, partió para las montañas.

La mañana era, por cierto, capaz de hacer feliz a cualquiera, aunque no tuviese que buscar un Río de Oro. Fajas paralelas de fresca niebla se extendían a lo largo del valle, y, por encima de ellas, descollaban las cumbres de los montes.

El Río de Oro quedaba a la sazón en la sombra, excepción hecha

de las proyecciones de espumas de su parte superior, que se elevaba como un humo pero denso sobre la línea ondulada de la catarata, y era arrastrada por la brisa matinal formando tenues guirnaldas.

Fijos el pensamiento y la vista en este solo objeto y olvidando la distancia que tenía que recorrer, partió con paso precipitado, que le dejó casi sin fuerzas, antes de traspasar la primera cadena de verdes colinas, cuya elevación era escasa. Sorprendióle, además, al cruzarlas, el hallar que un ancho ventisquero, cuya existencia interponíase entre él y el Río de Oro.

Penetró en él con la intrepidez propia de un hombre práctico en recorrer las montañas; pero pronto pensó que jamás en toda su vida había atravesado un ventisquero análogo. Era el hielo demasiado resbaladizo; y de todos los precipicios elevábanse rumores de aguas despeñadas. Quebrábase el hielo, y abríanse a sus pies grandes abismos, y en torno suyo veíase balancearse esbeltas agujas de hielo que se derrumbaban con estrépito y quedaban atravesadas en su senda. Por fin, lleno de terror, salvó el postrer abismo y se dejó caer tembloroso y exhausto, sobre el césped de la parte firme del monte.

La senda que tenía que seguir corría ahora por la agria cresta de una loma de piedras peladas, sin una hoja de yerba que le protegiera los pies, ni un picacho que proyectase una sombra bienhechora contra los rayos del sol. Era más de mediodía, y sus rayos caían cual si fueran de fuego sobre el rocoso suelo, en tanto que la atmósfera ancalmada era cálida y asfixiante. Una intensa sed vino entonces a su-



—Era un hermoso niño, que yacía moribundo, tendido sobre las rocas,

marse al cansancio temporal que Hans experimentaba, y sus ojos no se apartaban del frasco de agua que colgaba de su cinto.

—Tres gotas son suficientes, pensó al fin; por lo menos me refrescaré los labios con ella.

Abrió el frasco, ya se lo llevaba a los labios, cuando tropezaron sus ojos con un objeto que yacía sobre las rocas a su lado, y que al parecer se movía. Era un perro pequeño, el cual, a juzgar por su actitud, agonizaba de sed. Tenía la lengua fuera, sus fauces estaban secas, y un enjambre de hormigas negras cubrían enteramente sus labios y su garganta. Los ojos del animal se fijaron ansiosos en la botella que Hans tenía en la mano. Este bebió, apartó con el pie al perro, y prosiguió su camino. Y, no hubiera podido jurarlo, pero creyó ver una sombra extraña que atravesaba el azulado firmamento.

El camino se hacía cada vez más escarpado y abrupto, y el aire de la

alta montaña, lejos de refrescarle, parecía darle fiebre. El ruido de las cataratas sonaba escarnecedor en sus oídos; todos se hallaban distantes y su sed crecía por minutos.

Pasó otra hora, y sus ojos de nuevo se fijaron en el frasco de agua bendita, que estaba casi vacío; pero aun contenía mucho más de tres gotas. Detúvose, destapólo, y de nuevo, al hacerlo, algo se movió en el camino que tenía delante de sí. Era un hermoso niño, que yacía moribundo, tendido sobre las rocas; su pecho se levantaba febril, sus ojos permanecían cerrados, y sus labios sedientos estaban ardorosos y secos. Hans lo miró atentamente, bebió y siguió su camino. Y una nube negra y espesa se interpuso delante del sol; y largas sombras, que semejaban serpientes, arrastrándose por las laderas de las montañas.

Hans prosiguió su lucha. El sol seguía bajando, mas no por esto decrecía el calor, el peso irresistible del aire sin movimiento le oprimía

el corazón; pero el supremo objeto de sus anhelos encontrábase ya próximo. Veía encima de la catarata formada por el Río de Oro, la distancia escasa de ciento cincuenta metros más o menos. Detúvose a respirar un momento, y emprendió de nuevo la marcha, dispuesto a dar cima a su obra.

Pero en aquel instante, un grito débil llegó a sus oídos. Volvióse y vió un pobre anciano, de blancos cabellos y barbas, derribado sobre las rocas. Tenía los ojos hundidos y una mortal palidez cubría sus facciones en las que se reflejaba la desesperación.

—¡Agua! exclamó con voz débil, tendiendo los brazos a Hans; ¡agua, por Dios, que me muero!

Pero él pasó por encima de su postrado cuerpo y continuó caminando. Y del oriente surgió una llamarada azul que tenía forma de espada; osciló sobre el cielo tres veces, y lo dejó sumido en una obscuridad impenetrable y densa. El sol poniente hundíase detrás del horizonte como un globo de fuego.

Los rugidos del Río de Oro resonaron entonces en los oídos de Hans. Detúvose a la orilla del abismo, a través del cual corría. Sus aguas iluminadas por los rayos solares, parecían de oro líquido. Su atronador estrépito le ensordecía cada vez más; el cerebro le daba vueltas. Cogió con temblorosa mano el frasco del agua bendita y arrojólo en el centro del torrente.

En el mismo instante, un horrible escalofrío estremeció todos sus miembros; vaciló, lanzó un grito y desplomóse. Las aguas se juntaron sobre él; y los lamentos del río resonaron con terrible intensidad en el silencio de la noche al precipitarse

sobre la Piedra Negra.

El desdichado Gluck esperó con ansiedad, solo en su casa, el regreso de Hans; al ver que no volvía, apoderóse de él un miedo horrible; fué a visitar a Schwartz en su prisión y le refirió lo ocurrido. Gran placer recibió Schwartz al escuchar el relato de su hermano, pues se imaginó que Hans había sido transformado en piedra negra, y todo el oro sería para él solo.

Pero Gluck estaba muy triste y pasó toda la noche llorando. Cuando se levantó por la mañana, no había pan en su casa ni dinero para adquirirlo; de suerte que se dirigió al taller de otro orífice, a quien ofreció sus servicios, y trabajó con tanta habilidad y limpieza y con tanta asidua y constancia, que no tardó en reunir la cantidad necesaria para satisfacer la multa impuesta a su hermano, el cual fué puesto en libertad sin demora. Rebosando satisfacción, dijo Schwartz que lograría apoderarse de una parte del oro del río; pero Gluck le rogó únicamente que fuese a investigar lo que había sido de Hans.

Cuando Schwartz supo que su hermano había hurtado el agua bendita, pensó en su fuero interno, que semejante procedimiento no debía ser muy del agrado del rey del Río de Oro, y resolvió valerse para obtenerla, de otros medios. Tomó más dinero de Gluck y fué a ver a un sacristán, quien le dió a cambio de él, un poco de agua bendita; y convencido de que en su proceder no había nada reprochable, levantóse una mañana antes que saliese el sol y con el agua bendita en un frasco, un poco de pan y vino en un cesto, partió hacia la montaña.

(Continuará)

HISTORIA GRAFICA



169. La nueva característica de Lientur era su extraordinaria movilidad que desconcertaba por completo a las tropas españolas. Tan pronto estaba en Chillán como en Yumbel, corriendo por caminos desconocidos. De este modo lograba dividir al ejército español en fracciones.



170. Hasta que con la habilidad de un general consumado presentó batalla campal en un terreno elegido por él mismo y que presentaba gran ventaja para sus tropas. Los españoles no pudieron hacer maniobrar allí la caballería y perdieron la batalla de Las Cangrejeras.



171. En la acción murieron muchísimos españoles y cayeron también muchos prisioneros, entre los cuales se contaba el capitán Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, natural de Chillán. Más tarde contó sus aventuras en un libro que lleva por título "*Cautiverio Feliz*".



172. El gobernador Fernández fue reemplazado por don Francisco Laso de la Vega, que continuó la encarnizada guerra de Arauco. Lientur sorprendió a una división española en Los Robles, la atacó y la desbarató por completo. El propio gobernador estuvo a punto de morir.



173. Poco después, cerca de la plaza de Arauco, Laso de la Vega vengó la derrota de Los Robles obteniendo una gran victoria al frente de 800 españoles y de 700 indios amigos. Lientur perdió en la acción más de mil guerreros araucanos. Pero la guerra no terminaba.



174. A pesar de la victoria de Albarra-da, Laso de la Vega se halló impotente para proseguir la lucha con éxito. Pidió dinero al rey, pero le fué negado. La lejana colonia de España debía hacer frente a las dificultades con sus propios recursos. El gobernador enfermó.



175. Laso entregó el gobierno a don Francisco López de Zúñiga, marqués de Baides. Convencido el marqués de que los indios eran irreductibles, resolvió ofrecer la paz y para ello celebró un gran Parlamento en Quillín. Fué el primer paso hacia una paz efectiva.



176. El Parlamento se verificó en medio de fiestas y torneos militares, haciéndose gran despliegue de fuerzas por ambos lados. Desde allí en adelante los araucanos serían tan independientes como los españoles y unos y otros ya no serían enemigos sino aliados.



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

CAPITULO IX

—Llegaremos. Lo presiento en mi corazón. No permitirán los cielos que la noticia de tan gran empresa quede sepultada en las profundidades del océano..

—¿Pero llegaremos usted y yo?

—Esto no te dé cuidado. Basta que llegue uno solo con la noticia y con la documentación que traemos. ¡Basta que llegue la Victoria con la bandera de España!

La ruta que debían seguir era larga, la nave pequeña y vieja, lo único que animaba a los tripulantes era la confianza en su capitán.

A los diez y ocho días de navegación descubrieron las islas de Maluco y Alquirá, que no tardaron en dejar atrás. Pero una vez engolfados en el mar se desencadenó tal tormenta que la nave saltaba entre las olas. Todos se daban por perdidos ya. Viendo El Cano que allí fracasaba toda la ciencia de la marinería y que sus órdenes no ejercían autoridad y que de un momento a otro podía desaparecer la Victoria, tuvo un arranque de inspiración. Se colocó en un sitio estratégico, y con voz fervorosa y solemne, mandó que se postrasen todos

de rodillas, pidiendo con ardiente fe la protección divina, haciendo voto solemne de visitar a la Virgen en su santuario apenas pudiesen pie en tierra española.

Se dejó sentir la mano del cielo, calmando la tempestad y aplacando las olas. La atmósfera se fue serenando y en todos los pechos volvió a renacer la esperanza. Pero de tanto batallar con las olas, la Victoria estaba maltrecha y los tripulantes rendidos y exhaustos. Fué preciso dirigirse a tierra para descansar y tomar aliento para hacer las reparaciones necesarias. Se acercaron a la isla de Malúa; atracaron en paraje seguro y abrigado.

Saltaron a tierra y, donde les pareció lugar más apacible, levantaron unas chozas en las que se refugiaron mientras se reponían y mejoraba el tiempo. Apenas éste se mostró despejado, se pusieron con gran actividad a reparar la Victoria.

Llevaban de piloto a un moluqués muy decididor e ingenioso. Pigafetta, que no dejaba el libro de apuntes en el que iba consignando todo lo que sucedía durante la expedición, acosaba de preguntas al moluqués.

—¿Hay por aquí más islas que ésta de Malúa? le preguntaba un atardecer.

—Hay varias islas bastante pró-

ximas, y dos de ellas muy celebradas en todos estos parajes, respondió el moluqués. Una está habitada solo por mujeres y otra solo por enanos.

—Explicad eso, que debe ser curioso, dijeron varios marineros.

—En una de estas islas próximas no hay más que mujeres. ¡Más que mujeres, son fieras como leopardos! y el hombre que trate de arribar a dicha isla, perece sin remedio entre sus aceradas uñas. Varias veces se han organizado expediciones a dicha isla; pero todos los guerreros fueron muertos.

—Una descarga de mosquetería, dijo Juanillo, creo yo que bastaba para meterles miedo. Solamente con el ruido se asustaban.

—Pero dejando a un lado esta isla, cuéntanos de la que habitan los enanos, rogaron algunos, imponiendo silencio.

—Pues habéis de saber, continuó el piloto, que los enanos que habitan la isla próxima, no levantan un codo del suelo. Viven bajo tierra, como los topes; cuando salen vuelan, de un lado para otro, semejantes a las flechas, dando chillidos agudos y recorriendo los árboles en busca de ciertas frutas de que se alimentan. Tienen las orejas tan largas que cuando se van a dormir utilizan una de colchón y la otra les sirve de abrigo.

—¡Qué lástima! dijo Juanillo.

—¡Lástima de qué?, preguntó el piloto.

—Lástima de no llevar para Castilla uno de esos enanos o al menos un par de orejas de ellos.

—Te sobran las que tienes, exclamó Amurrio, para oír patrañas y fábulas.

—Reíos lo que os plazca de mis

informaciones, añadió, amoseado, el piloto; pero habéis de saber que todo lo que digo es tan cierto como el sol que nos alumbra.

—Tenéis razón, dijo Amurrio, pues el sol ya se ha puesto.

—Entonces, ¿qué diríais, prosiguió el moluqués, si os hablase de otra isla donde vive un pájaro tan enorme que levanta entre sus garras a un elefante como si levantara una mariposa, y lo lleva a su nido para alimentar a sus hijuelos?

—Ese pájaro, dijo Amurrio, con tono zumbón, es el que ahora nos convenía para que en un dos por tres nos llevase a España en la Victoria. Sería una dicha llegar allá en un voleo y bien abrigaditos con orejas de enano.

Estas animadas y fabulosas conversaciones entretuvieron y alegraron la vida de los argonautas durante quince días que descansaron en Malúa.

Reparada la nave Victoria, descansados los tripulantes, se dieron a la vela para la isla de Timor, que era más fértil y llegaron al Puerto de Murubay. Allí bajó Pigafetta con algunos otros para proveerse de víveres, sándalo blanco y canela. Observaron que abundaba el oro; mas como había una infección entre los indígenas, El Cano reanudó inmediatamente el viaje y se dirigió a Sumatra.

El peligro de caer en manos de los portugueses se acentuaba más y más por lo que tomaron la resolución de dejar a la derecha la tierra firme y separarse de toda la costa de la India, engolfándose por una nueva y desconocida ruta en dirección al Cabo de Buena Esperanza.

Grande fué el arrojo de El Ca-



En tal situación se acercaron a El Cano, pidiéndole...

no, ya que iban solos, y en caso de peligro no podían confiar ni en la proximidad de la tierra ni en el auxilio de bajel alguno por aquellos solitarios mares.

Nueve semanas fueron juguete de los vientos, que no los dejaban aproximarse al Cabo.

En tal situación se acercaron a El Cano, pidiéndole que se encaminase a Mozambique, a fin de proveerse allí de alimentos y agua fresca, pues de otro modo ninguno llegaría vivo a España.

El Cano los recibió con las atenciones que acostumbraba y haciéndose cargo de la situación en que se encontraban, puso ante ellos la deshonra en que se precipitarían yendo a una isla que era colonia de los portugueses, donde quedarían todos prisioneros, empañando así la gloria de las anteriores luchas.

Las palabras del jefe no acababan de convencer a los comisionados, que aun seguían poniendo dificultades. Entonces El Cano, ha-

ciendo uso de su autoridad dijo con energía:

—¡Prefiero mil veces morir, antes de caer en manos del enemigo. ¡No cometeré yo la tontería de ir a Mozambique! Si hay alguno que no esté de acuerdo conmigo, le facilitaré los medios para desembarcar.

Mandó luego comparecer a todos los tripulantes y de tal modo les habló y levantó sus ánimos, que prefirieron seguir confiadamente a El Cano.

Nadie volvió a decir palabra en adelante. Todos los que estaban útiles siguieron en sus rudas tareas, hasta que por fin, consiguieron doblar el Cabo. Desplegaron entonces todo el velámen de la maltrecha Victoria y corrieron sin parar y con buen tiempo casi dos meses con mucho trabajo y escasa ración, por lo que murieron diez y siete hombres en la travesía.

(Continuará)

PAGINA FEMENINA

Para nuestras lectorcitas va este precioso vestido primaveral, que puede confeccionarse en seda o velo con pequeños lunares y amplia falda. El cuello lleva un pequeño voladito. El lazo se confeccionará del tono de los lunarcitos.



RECETA

Un rico queque

Para cuando la lectorcita quiera obsequiar a sus padres con un rico postre, les recomiendo el siguiente:

Se baten dos huevos, las claras y las yemas aparte. Después se juntan y se les agrega una taza azúcar flor, dos cucharadas de mantequi-

lla derretida, dos tazas de harina con dos cucharadas de polvos de hornear, un poco ralladura de limón y un poquito de sal.

Se une todo con una cuchara, añadiéndole un poquito de nueces o pasas y se vacía a un molde enmantecado poniéndolo al horno caliente hasta que levante y quede doradito.



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Paulina y Damián descubren que son huérfanos y que han sido recogidos por los pescadores que ellos creían sus padres. Se fugan de la cabaña y por el camino encuentran a un moribundo que les confía una fortuna oculta en el forro de un viejo paletó, con el encargo de entregarlo a sus herederos. Los niños, después de muchas aventuras logran ubicar a Gastón Ramos Barrientos, único heredero del pobre hombre muerto en el camino y van a la ciudad de Coronel donde entregan el dinero al joven minero. Pero Damián y Paulina no son huérfanos; diez años atrás fueron raptados y Martín, uno de los raptos, después de haber salido de la cárcel, sigue la pista de los niños y está a punto de saber su paradero por medio de hábiles averiguaciones.

CAPITULO XXIV

No le fué muy difícil dar con la casa N.º 85. Llamó a la puerta y salió aquella buena mujer que ya conocen nuestros lectores, llamada Regina Muñoz.

—¿Qué se le ofrece, caballero? preguntó la mujer.

—Venía a saber noticias de Domitila Barrientos, señora, respondió Martín.

—¿Domitila Barrientos? ¡Es curioso! Hace varias semanas atrás vinieron a preguntar también por la pobre señora Domitila que murió el año antepasado.

—¿Ah, sí? ¡Y esas personas que vinieron a preguntar por la señora Domitila no serían por casualidad dos niños, un hermano y una hermana?

—Sí, caballero. ¿Cómo fué a adi-

vinar? respondió un poco sorprendida la buena Regina.

Entonces Martín le explicó que era un agente de investigaciones y que andaba detrás de aquellos niños para restituirlos a sus verdaderos padres, una gente rica y honorable. Lanzado por este camino, Martín consiguió de Regina Muñoz todas las informaciones que necesitaba. Y supo así que los niños tenían el propósito de dirigirse a Lota donde trabajaba el único hijo que había dejado la señora Domitila. También Regina Muñoz repitió la historia de la chaqueta que escondía una fortuna entre sus forros.

Martín dió las gracias a la buena mujer y como no necesitaba saber más, esa misma noche Martín tomó el tren nocturno a Talcahuano y después de doce horas de viaje se bajó en Concepción. Había dormido en el tren para estar fresco al día siguiente. Se fué a uno de los numerosos hoteles de los alrededores de la estación y después de haber tomado un buen desayuno pasó al cuarto de teléfonos y marcó comunicación con la oficina central de Lota. Preguntó por el minero Gastón Ramos Barrientos y al cabo de unos momentos le contestaron que Gastón Ramos Barrientos había sido trasladado a las oficinas de Coronel.

Martín se sentía feliz. Estaba en la buena pista y sin duda no tarda-

ría en saber noticias de los niños fugitivos.

Después de almuerzo, Martín tomó el tren para Coronel. Se bajó en aquella ciudad y se hospedó en un hotel, siempre cercano a la estación. Y allí fué cuando de pronto supo la noticia sensacional de que dos niños desconocidos habían quedado encerrados en el pozo de una mina por causa de un derrumbe.

A Martín le dió un vuelco el corazón al saber esta noticia que rápidamente se había propagado por los alrededores de la estación traída por algunos mineros y ferrocarrileros. Lleno de curiosidad y de esperanzas, Martín fué como tantos otros curiosos, al sitio del suceso que distaba apenas tres kilómetros de la Ciudad y entonces asistió al salvataje de los niños. Así supo muy pronto dónde habían sido alojados los niños y supo también que eran dos huerfanitos que andaban en busca del minero Gastón Ramos Barrientos.

Lleno de gozo y disimulando sus verdaderos sentimientos, se acercó a la pequeña hospedería de la señora Juana donde habían sido llevados los niños, entonces fué cuando entró en tratos con ella, pagándole para que cuidase bien a los huerfanitos.

Ahora ya Martín había logrado descubrir a los hijos de don Alberto Cruz Claro y de doña Inés Baltra de Cruz Claro. Y ahora también podía empezar el plan que se había propuesto hacía diez años atrás.

Ante todo, sabiendo lo de la fortuna oculta en el forro de la vieja chaqueta, había tratado de apoderarse del dinero con el resultado desagradable que conocen nuestros

lectores. Después de su fracaso decidió poner en práctica su primitivo plan. Tomó el tren para Concepción, bajó en la estación y se hospedó en el mismo hotel que ya había ocupado antes.

Otra vez pasó al cuarto del teléfono y esta vez, después de consultar la guía telefónica, pidió comunicación con San Fernando. Quería asegurarse si don Alberto Cruz Claro, vivía todavía en San Fernando. Le contestaron afirmativamente y, sin preguntar más colgó el fono.

En seguida se dirigió a su cuarto del hotel, se sentó a una mesa y empezó a escribir una carta más o menos concebida en estos términos:

"Señor don Alberto Cruz Claro. Tal vez usted no se imagina la noticia que voy a darle en esta misiva; pero cuando sepa la noticia, convendrá usted conmigo en que bien vale mil pesos. Sus hijitos, desaparecidos diez años atrás, se encuentran vivos y en perfecto estado de salud. Si usted tiene a bien enviar en un sobre dirigido a Pedro López un billete de mil pesos al Correo Central de Concepción, podrá tener luego detalles más precisos sobre sus hijos desaparecidos. Pero le ruego que no avise a la policía porque entonces yo lo sabría y el negocio quedaría roto. Le suplico que crea usted en la sinceridad y seriedad de mi proposición. Su atento y seguro servidor.— *Pedro López*"

Martín dobló el pliego lo metió dentro de un sobre y salió en seguida del hotel en dirección del correo cercano. Entró en la oficina, colocó la estampilla correspondiente al sobre y por fin echó la carta en el buzón del correo.



Martín se dirigió a su cuarto y empezó a escribir una carta.

En el tren de la tarde, Martín se dirigió a San Fernando. La carta iba en el mismo tren. Y eso lo sabía muy bien el pícaro Martín, porque esa circunstancia formaba parte del plan que se había propuesto llevar a cabo.

—(o)—

Bastante triste había sido la vida en la villa Los Lirios durante los diez últimos años transcurridos.

Inés Baltra de Cruz Claro, gracias a exquisitos cuidados había sobrevivido al tremendo golpe recibido en su corazón con el rapto de sus hijitos. Pero su cara había quedado impregnada de una extrema palidez, indicio de una anemia profunda que minaba su vida cada día. La ciencia se encontraba impotente para atajar aquel mal cuyas raíces no estaban en el cuerpo sino en el alma.

—¡Pobrecita, murmuraba la gente, morirá joven si no le devuelven sus hijos!

Y era verdad.

Don Alberto, cuando vió la inutilidad de los esfuerzos hechos por la policía, sintió que todas sus energías se le escapaban y una gran desesperación invadía su corazón. Los médicos habían temido por su razón. Pero como era de naturaleza robusta, había logrado sobreponerse a la crisis y desde entonces había dedicado todas sus energías a consolar a su esposa tratando de infiltrarle en el alma un poco de esperanza.

Hasta que una mañana recibió una carta: era la carta de Martín. En el acto llamó su atención. La examinó un momento y murmuró:

—Parece que no se trata de un réclame... tampoco es de ninguna persona conocida... ¿De quién será?

El timbre de Concepción le causó mayor extrañeza todavía. Rompió el sobre y empezó a leer. La lectura de aquella carta lo llenó de asombro. Casi no se atrevía a dar crédito a lo que leía. Terminó de leer presa de una viva emoción.

—¡Mis hijos... vivos... están vivos! murmuró con voz ahogada.

Volvió a releer la extraña misiva y de pronto le asaltó una duda. ¿No se trataría sólo de un chantage? Algún miserable que quería sacar el dinero...

Se quedó reflexionando con la carta entre sus manos. ¿Comunicaría a su esposa la increíble noticia? Una falsa alegría podía ser fatal para la pobre madre.

Y allí estaba don Alberto sin saber qué pensar ni qué hacer, cuando entró Inés. Al verla, instintivamente don Alberto trató de ocultar la carta. Pero Inés vio aquel movimiento y le dijo con dulzura:

—¿Por qué la escondes, Alberto? ¿Alguna mala noticia?

—No, Inés. Se trata de una carta sin importancia.

—Entonces... ¿por qué no me la muestras?

—Es que... creo preferible que no la veas, Inés. Sólo te causaría molestias.

La resistencia de su marido despertó la curiosidad de la esposa que insistió con tono de reproche:

—Alberto, es la primera vez que tienes secretos para mí.

Don Alberto movió la cabeza y respondió:

—Ya que tú lo deseas, toma, léela, pero con calma.

Y le alargó el pliego. Inés tomó la carta y apenas empezó a leer, las manos le temblaron y unas lágrima-

mas de gozo y de dolor resbalaron por sus pálidas mejillas. Con voz ahogada por la emoción, dijo:

—¿Por qué no querías mostrarme esta carta, Alberto?

—Porque puede haber sido escrita por algún miserable chantagista y una falsa alegría podía causarte mucho daño.

—He sufrido tantas desilusiones que otra más no podría aumentar mi dolor y mis sufrimientos, replicó Inés. ¿Y si el firmante de esta carta dice la verdad?

—Inés de mi vida, replicó Alberto con tristeza. Comprendo lo que pasa en tu corazón. Para una madre siempre hay esperanza...

—¿Por qué negarlo? La esperanza es lo que siempre me ha sostenido hasta ahora, Alberto.

—Es verdad.

—¿Qué piensas hacer?

—Dar parte a la policía.

—¿A pesar de la recomendación hecha al final de carta?

—Es una recomendación demasiada interesada para que la tomemos en cuenta, Inés.

—Sin embargo...

Inés, ¿no crees que la policía será lo suficientemente hábil para sorprender a un hombre que va a retirar una carta al correo?

—Pero él dice que lo sabrá...

—Eso lo veremos Inés. No me importa el dinero. Pero si ese miserable tiene poder suficiente para devolvernos a nuestros hijos, la policía sabrá muy bien hacerlo hablar cuando lo detengan. Ahora mismo iré a ver al Prefecto de Policía.

(Continuará)



CAPITULO XXIV

QUIEN RAPTO



1. Con exquisito cuidado colocó Jeff el cuerpo de Hank atravesado en el cuello del caballo, montó él en seguida y murmuró: —Lo llevaré al pueblo; el doctor puede salvarlo.



2. Cuando Jeff entró en el pueblo llevando sobre el caballo el cuerpo inanimado de Hank, varios individuos de caras iracundas se adelantaron hacia el recién llegado.



3. Jeff desmontó y preguntó por el doctor. Momentos después Hank era conducido a la cabaña del doctor Dickson y Jeff decía a los muchachos: —Creo que esto es obra de Soames.



4. Uno de los individuos se separó furtivamente y fué en busca de Bull Soames. —Oiga, Soames, dijo a éste; Jeff Warren está diciendo que usted disparó contra el guardia Hank.



5. En el acto Bull Soames se dirigió al grupo que rodeaba a Jeff y abriéndose paso se encaró con el joven cowboy. Un gran silencio se hizo entre todos los que formaban el grupo.



6. ¿Me acusa usted de haber disparado contra Hank? exclamó con ojos llameantes. En todo caso podría ser usted quien disparó contra Hank y lo trajo sólo para desparar.

A HENSON?



7. Una sonrisa despreciativa plegó los labios del joven que contestó con calma: —Usted sabe perfectamente bien, Soames, que no he sido yo quien disparó contra Hank Blandon.



8. Su contestación es una acusación cobardemente encubierta y ahora mismo le enseñaré a calumniar a las gentes honradas, replicó Soames despojándose de su ancho cinturón.



9. Todo el mundo se preparó para asistir a la pelea a puño limpio que empezó casi en el acto. Soames lanzó un directo a la cara de Jeff, pero éste lo esquivó con habilidad.



10. Mientras Jeff y Soames peleaban, entró un coche en el pueblo. Carol y Jim Henson venían en el coche. El muchacho exclamó: —¡Hermanita, qué linda pelea; iré a ver de cerca!



11. Jim saltó del coche y echó a correr al lugar de la pelea y no tardó en reconocer a su buen amigo Jeff. Carol también bajó del coche y corrió detrás de su belicoso hermano.



12. Mientras Jeff Warren, con gran contento de Jim, aplicaba un soberbio directo a la mandíbula de Soames, uno de los hombres susurró a otro: —Tenemos que ayudar a Soames.

(Continuará)

Los Compañeros de Viaje



—Cualquiera puede aspirar a su mano, aun el campesino más pobre, se dijo Juan. Iré, pues, a palacio. No puedo remediarlo.

Todos le aconsejaron que desistiera, pues no alcanzaría más que la muerte, como los que ya lo habían intentado. Su compañero de viaje le dijo lo mismo, pero Juan, aunque estaba seguro de que le daría buenos consejos, insistió en su propósito. Se lavó, se cepilló el traje y el calzado, y después de haberse peinado su rubio cabello, tomó el camino del palacio.

—¡Adelante! dijo el Rey, en cuanto Juan llamó a la puerta. La abrió y Juan vió al anciano rey, que vestía bata y zapatillas. En la cabeza llevaba la corona de oro, el cetro en una mano y una bola de oro, que representaba el mundo, en la otra. Espera un momento, dijo el monarca, poniéndose la bola de oro debajo del brazo izquierdo, a fin de poder dar la mano derecha a Juan.

Pero en cuanto se enteró de que el joven era un pretendiente de la

princesa, se echó a llorar con tal desconsuelo, que tanto el cetro como la bola de oro se le cayeron. Luego se secó los ojos con la punta de la bata. ¡Pobre y anciano rey!

—No te acuerdes más de mi hija, exclamó, porque con toda seguridad morirás como los demás. Estoy convencido de ello.

Luego llevó a Juan al jardín de la princesa, que ofrecía un macabro aspecto. De todos los árboles colgaban los restos de tres o cuatro príncipes que no fueron capaces de contestar con acierto a las preguntas que les hizo. A cada racha de aire los huesos chocaban entre sí, de manera que los pajarillos estaban asustados y no se atrevían siquiera a volar por encima del jardín. Las matas de flores, en vez de estacas que hiciesen de rodrgones estaban sujetas por medio de huesos humanos. Realmente era un lindo jardín para una malvada princesa.

—Ya lo ves, dijo el anciano rey, tu suerte será precisamente, la misma que la de todos esos infelices. Te ruego que desistas de tu empeño. No sabes cuán desdichado me ha-

ces. Este asunto afecta de un modo terrible mi corazón.

Juan besó la mano del anciano rey y le dijo que, según esperaba, todo saldría bien y que, por otra parte estaba enamorado de la hermosa princesa.

Precisamente en aquel momento llegó la joven acompañada de todas sus damas de honor. Entraron en el jardín del palacio y tanto el rey como Juan se acercaron a ella y la saludaron. La princesa estaba bellísima en el momento en que dió la mano a Juan, y él sintió que crecía el amor que por la joven sentía. Y se dijo que era de todo punto imposible que aquella hermosa joven fuese tan mala como aseguraba la gente. Juntos subieron a una sala, en donde los pajes les sirvieron mermeladas y pan de jengibre. Pero el anciano rey estaba tan triste, que no podía pasar bocado, aparte de que el pan de jengibre era demasiado duro para sus muelas.

En el curso de la conversación se decidió que Juan volviera al palacio a la mañana siguiente. Los jueces y todo el consejo estarían ya reunidos, para juzgar si su primera respuesta era acertada. Si tenía éxito la primera vez, habría de volver dos días más. Pero lo cierto era que nadie había contestado aún debidamente a la primera pregunta.

Juan no tenía el más pequeño temor acerca de sí mismo y solamente pensaba en la hermosa princesa. Estaba seguro en absoluto de que Dios, lleno de bondad, le ayudaría, aunque no se imaginaba siquiera cómo, ni le preocupaba en lo más mínimo. Regresó muy contento a su posada en la que ya le estaba aguardando su compañero de viaje. Juan no se cansaba de darle

cuenta de lo muy hermosa que era la princesa, de lo amable que estuvo con él y de lo atractiva que era. Parecíanle siglos las horas que faltaban hasta la mañana siguiente, pues entonces tendría nueva ocasión de verla, ya que debía volver a palacio a probar su suerte con la primera pregunta. Pero su compañero de viaje, muy triste, meneó la cabeza.

—Te quiero tanto, dijo, que, por mi gusto, habríamos sido compañeros durante mucho tiempo, y ahora me veo en el trance de perderte. Créeme, querido Juan, que si no me contuviese lloraría de pena, pues, probablemente ésta es la última noche que pasaremos juntos. Pero no quiero estropear la felicidad que te embarga. Por consiguiente, procuraremos estar lo más alegres posible. Y mañana, cuando ya te hayas separado de mí, podré estar triste.

Todos los habitantes de la capital se habían enterado de que acababa de presentarse un nuevo pretendiente a la mano de la princesa, y el duelo era general. Cerráronse los teatros y todas las vendedoras de pasteles pusieron corbatas de gasa negra en torno de los cerditos de azúcar. El rey y los sacerdotes estaban de rodillas, en las iglesias, rogando a Dios que evitase una nueva y triste muerte. En una palabra el duelo era general, pues todos estaban persuadidos de que el pobre Juan acabaría miserablemente su vida, ya que no le sería imposible acertar con la primera respuesta que hubiese de dar.

Aquella noche, el compañero de viaje preparó un jarro de ponche y propuso a Juan bebérselo a la salud de la hermosa princesa. Pero



Su compañero lo llevó cuidadosamente a la cama...

cuando el joven hubo tomado dos vasos, le entró tal sueño, que ni siquiera pudo continuar sentado, y a los pocos instantes estaba profundamente dormido. Su compañero lo llevó cuidadosamente a la cama. Luego, en cuanto hubo llegado la hora esperada por él, tomó las dos grandes alas del cisne y las sujetó a su propia espalda; hecho eso, tomó una de las tres varas que le diera la vieja que se fracturó la pierna, abrió la ventana y salió volando por encima de los tejados de las casas, en dirección al palacio. Una vez llegado a él, sentóse en un rincón, debajo de la ventana del dormitorio de la princesa.

Reinaba el mayor silencio en toda la ciudad. En cuanto los relojes dieron las doce menos cuarto, se abrió la ventana y la princesa salió volando gracias a unas alas negras. Iba envuelta en un manto blanco. Atravesó la ciudad, volando y se dirigió a una montaña muy elevada. El compañero de viaje de

Juan se hizo invisible y se echó a volar en seguimiento de la princesa. Y empezó a descargar palos sobre su espalda, hasta que corrió la sangre. Aquel viaje fué muy penoso para la joven. El viento henchía su manto que se extendía a cada lado como la vela de una nave, y la luna brillaba a través del tejido.

—¡Qué espantosa granizada está cayendo! exclamaba la princesa al recibir cada golpe, que, ciertamente, tenía muy merecido.

• Por fin llegaron a la montaña y la princesa llamó. Oyóse un estampido semejante a un trueno, se abrió un lado de la montaña y la princesa entró por la abertura seguida de cerca por el compañero de viaje de Juan. Nadie pudo darse cuenta de lo que hacía, porque era invisible. Avanzaron por un largo corredor que brillaba de un modo raro, a causa de los millares de arañas que cubrían las paredes y que despedían un resplandor intenso.

(Continuará)

PASATIEMPO

Chang, por Arpe.



- 1.— Nombre femenino.
- 2.— Nombre femenino.
- 3.— Nombre masculino.



Jeroglífico, por Nino.

El Indio Castoreito, por Danvi



Juntar las letras y formar el nombre de la mejor revista chilena.



Jeroglífico, por Briosen



Charada ilustrada, por Cheche

Cuando Pepito regresa



1. Como debe Pepito volver a los Madriles para ver a sus grupitos infantiles, recibe en despedida caricias y mimos de sus amigos los monos y negritos.



2. D. Martin y don Cocos van guardando los trajes y como son algo diligentes han hecho unos cajones que llenan de presentes.



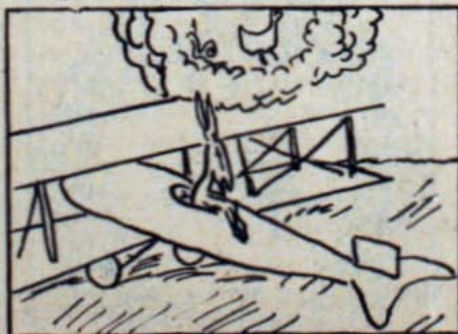
3. Los niños que al terminar la guerra se han unido, aplauden viendo a Chochi, que con otros gentiles, baila para ganarse aplausos infantiles.



4. Y la chiquillería la cabeza levanta al ver un pajarraco raro que se agiganta, cuando llega hacia ellos suavemente, en el aeroplano que manda "Sorbevientos".



5. Huyen los niños como si tuvieran alas, a buscar al sabio Martín, mientras el avión, volando a poca altura, muestra la gentileza de su alrosa figura.



6. Don Cocos ha tomado su puesto en la cabina y llora recordando a la gallina y Tragaleguas, ya muertos, ¡qué harán ahora sin ellos, monos ni negritos?

le ofrecen grata sorpresa



7. D. Martín y Pepito se acercan muy ufanos de terminar la guerra y dejar como hermanos a pueblos que se odiaban y que hoy juntos despiden al niño arregla-asuntos.



8. El Rey Muerte Lagartos, que viene con su corte, y Masca Lagartijas, que es la reina, regalan a Pepito, feliz a todas luces, dos nuevos amiguitos y son dos avestruces.



9. Chochi, corre contento, a jugar con los niños, y las avestruces, hace don Coces guiños, Muerte Lagartos con el gobernador hacen a Martín Galas protestas de amistad.



10. Por fin, embarcan todos, alegres y contentos en el avión que manda Sorbevientes, y dispónense en seguida a iniciar el viaje a la patria querida.

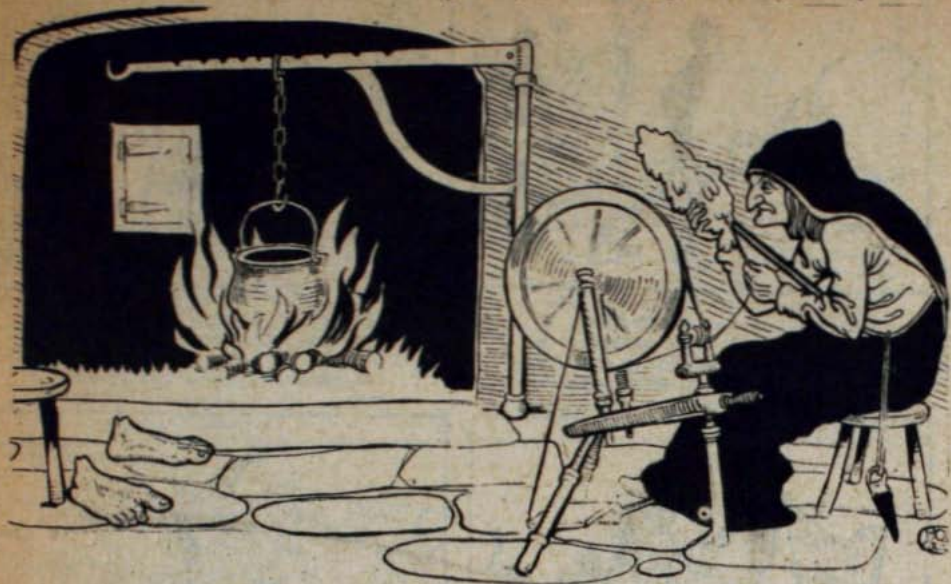


11. Chochi, las avestruces, Coces, Pepito y D. Martín, todos ellos dan de victoria el grito, mientras que magestuoso, desplégase del suelo gentil el aeroplano.



12. Dicen lo que se quedan: ¿dónde irán dando tumbos en ese pajarraco que recorre mundos? No saben qué les espera un grave inconveniente, y que sabrá el que sea el número siguiente.

LA ULTIMA BRUJA



El bosque encantado, se había dormido, tiernamente arrullado por la brisa nocturna. De pronto vióse cruzar por el espacio una espectral figura. Era la bruja Estefanía que volaba a gran velocidad, montada en una escoba tan desgredada como ella.

—Tengo que huir, tengo que huir, repetía entre dientes, de lo contrario, el mago Simón acabará conmigo como ha terminado con mis compañeras. Tengo que desaparecer luego. Pero no sin haberme llevado el tesoro del rey Magnus.

Diciendo esto, empezó a descender lentamente en un claro del bosque, débilmente iluminado por la luna y empezó a escarbar el suelo con sus manos, en busca de un cofre que había ocultado días atrás. Pero a pesar de la diligencia que

puso en su trabajo, no halló lo que esperaba.

—¿Quién se lo habrá robado? exclamó amargamente, sentándose en un tronco de encina.

En ese instante se le acercó un enano de gorrito rojo y chaquetita verde. En una mano tenía una flor con figura de estrella que despedía luminosos destellos.

—El mago Simón se llevó el cofre. Yo lo ví, dijo con una voccecita que parecía un murmullo.

—Este mago es un malvado, dijo Estefanía, montando en su escoba. Iré a verlo. Gracias, Colibrí, por el dato.

Y la bruja se elevó por los aires hasta que se perdió de vista.

El mago Simón estaba estudiando la manera de terminar con todas las hechiceras y había llegado a la conclusión de que aún le quedaba la bruja Estefanía.

De pronto, unos golpes frenéticos dados en la puerta interrumpieron su meditación. Se levantó y abrió la puerta.

—¡Oh! qué sorpresa, señora Estefanía, exclamó.

—Vengo a que me entreguéis el cofre ¡y luego! dijo la bruja con insolencia, sentándose en un sofá.

—En seguida, señora, murmuró el mago, dirigiéndose al cuarto contiguo. Al pasar cerca de algunos libros, colocó en uno de tapas rojas, algo que la vieja no vió.

Cuando desapareció el mago tras la puerta, la bruja se dijo:

—En esos libros deben estar las fórmulas de que se vale el mago para exterminar brujas. Me robaré ese de tapas rojas y él no se dará cuenta. Diciendo esto tomó el libro y lo escondió bajo su chal.

—Aquí está, señora, exclamó el mago, apareciendo con el cofre; está intacto.

—Gracias, dijo Estefanía, cogiendo el tesoro y saliendo apresuradamente del aposento e internándose en el bosque.

A lo lejos se oía el monótono canto de las ranas y los grillos.

Luego que se hubo alejado, la bruja sacó el libro y lo abrió. Una espesa humareda verde se desprendió de las hojas del libro, ahogando a la bruja.

—¡Ay de mí! gimió, y cayó pesadamente al suelo, muerta.

—¡Ah, ah, ah! rió el mago Simón saliendo de entre unos arbustos. Bien merecido lo tienes, bruja malvada. Así el mundo se ve libre de maldades. Ahora me voy con el tesoro, para repartirlo entre los nobres.

Y tomando el cofre, desapareció entre los árboles, mudos testigos de la muerte de la última bruja.

Merival (E. Valenzuela C.)

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200
5 " " " 100
10 " " " 50
Cortes de género.
Cortes de casimir.
Baterías de cocina.
Medias.
Suscripciones semestral a
"EL COLEGIAL".
Pelotas de fútbol.

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140



Advertimos a nuestros lectores de Provincias, que envían sus cupones para el canje del sorteo de Diciembre a Santiago, se sirvan cuidar su dirección enviándola completa y el correspondiente franqueo o si es posible un sobre listo para devolver los boletos respectivos.

Niebla.— Como siempre muy hermosos sus versos. Si alguno de ellos no ha sido publicado, es porque no era apropiado para revista infantil; pero casi todos han sido entregados para su publicación. No la hemos olvidado y estamos reconocidos de su gentileza.

Arpe.— Muy buenos sus dibujos. Irán pronto en la página dedicada a los buenos problemas.

Josari.— Daremos lo que envía.

Triste Golondrina.— Somos de opinión que sólo use el seudónimo de Golondrina. Aceptada como colaboradora dibujante. Puede hacer

éstos en cartulina blanca y con tinta china negra. Guíese para los trabajos de pasatiempos, por los dibujos que aparecen en esta sección. Luego daremos el cuento que nos pide, pues hay varios lectoritos que desean volver a leerlo.

René.— Con cuanto gusto hemos leído su simpática cartita y agradecemos desde luego sus buenos deseos para "El Colegial". Queda incorporado a la falange de colaboradores de esta revista. Puede suscribirse enviando su valor que es \$ 50.— por un año o \$ 25.— por seis meses, al Director de "El Colegial, Casilla 6562, Santiago, ya sea por giro postal o telegráfico. Se le remitirá el N.º 1, ya que desea tener la colección.

Mireya.— Sus hermosas colaboraciones las verá muy pronto publicadas en "El Colegial", su revista favorita.

Nenita.— Agradecemos sus felicitaciones tan entusiastas por las seriales "Lindor, el Menestral", "¿Quién raptó a Henson" y "Los Dos Huerfanitos". Cuando terminen daremos otras tan hermosas como éstas. Queda aceptada como colaboradora. Envíe las colaboraciones que ofrece.

EL SECRETARIO

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN

DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 13

DESDE EL PROXIMO NUMERO
APARECERA EN

"EL COLEGIAL"

Una página de Música propia
para la Juventud

Con esto queremos enaltecer la cultura de toda nuestra juventud chilena y facilitar en la familia el aprendizaje de piano y canto, sin necesidad de tener que gastar en comprar métodos especiales.



EL CHILCO

FUCHSIA MACROSTEMMA R. ET. PAV.

FAMILIA: ONAGRACEAS

El Chilco es una planta de adorno. Quién vé por primera vez sus variadas flores, reconoce en ellas inmediatamente a la "fuchsia".

Existen más o menos 300 variedades, que el genio del jardinero ha sabido crear en el curso de los años de las plantas más sencillas. Por más que se diferencien por su color, sus formas, estructuras, siempre es posible encontrar la forma característica acompañada de las flores; de aquí que nuestro chilco puede considerarse como una de las formas primitivas de la fuchsia.

Es uno de nuestros arbustos más difundidos entre Coquimbo y Magallanes. Se dá en forma excelente en el sur de Chile donde encuentra la humedad necesaria para su crecimiento.

El fruto es una baya oblonga, lampiña, de color rojo obscuro, dividida en cuatro cavidades que contienen numerosas semillas.

Aunque el chilco florece gran parte del año, puede considerarse el otoño y parte del invierno como la época de florescencia.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

ERAX GRISEUS GUER

Esta es otra mosca de la Familia de los Asilidos, también muy voraz y destructora de insectos, especialmente de Abejas solitarias y de miel. En mis búsquedas de insectos he tenido la oportunidad repetidas veces ser testigo de los estragos que hace en el mundo insectil; cazaba insectos en los alrededores de la ciudad de Curacautín, en un campo cubierto de pasto dulce donde había mucha langosta; allí tuve la oportunidad de ver cómo cazaban a ese Ortóptero estos Asilidos y de una manera especial a las langostas que todavía no habían terminado su desarrollo, a las cuales les era más fácil enterrarles el chupón y absorberle las vísceras, si esta especie se dedicara a destruir langostas sería útil a la agricultura.



7/11a

SOMOS LOS BUENOS MUCHACHOS



1. Mister Gafas enseñaba a los niños cómo se sigue una huella en el campo. Bombolito y Pirigüín partían al instante. Nosotros le seguimos dentro de diez minutos.



3. De pronto vieron un manzano y decidieron detenerse para probar los ricos frutos que se veían entre las ramas. Pero el manzano tenía un guardián muy alerta.



5. Y desde arriba vieron que Mister Gafas seguía la pista con mucho tino. Entonces decidieron hacerle una jugada. Engancharon al cabo de los cuernos y...



7. Y Mister Gafas tomó un trocico regular y pasó por debajo del manzano sin ver nada. Entonces los buenos muchachos dejaron caer el cabo detrás del director...



2. En el acto partieron a la carrera y al divisar una valla decidieron meterse por allí para despistar a los perseguidores y hacer rabiar a Mister Gafas.



4. Y el guardián, que era un cabro cachudo y belicoso, se lanzó contra los que habían invadido su territorio. Bombolito y Pirigüín, muy asustados, treparon al árbol.



6. Esperaron tranquilamente la llegada de Mister Gafas izando el terrible cabo hasta las ramas. Mientras Mister Gafas decía: Ahora verán, cómo corro yo por el campo.



8. Al sentir la carrera del cabo detrás de él, Mister Gafas emprendió la más movida carrera de su vida, mientras los buenos muchachos se banquetaban con manzanas.